VALIJA

Nº 19

EL PARAGUAS DE HIROHITO

30 marzo 1946

LOS periódicos han publicado recientes fotografías en las que se ve al emperador Hirohito visitando escuelas, recorriendo tiendas y otros establecimientos o marchando por la acera, en una calle de Tokio, como todo el mundo. En varias de esas fotografías aparece Hirohito sosteniendo en la mano un paraguas abierto, un paraguas como todos los paraguas, con su cúpula de tela negra sostenida por unas varillas y un palo en el centro. Aunque en la fotografía no se ve bien, supongo que si Hirohito lleva paraguas será porque estaba lloviendo en el momento de retratarlo.

Aparentemente, todo esto no tiene nada de particular, y mucha gente supondrá que es perfectamente normal llevar paraguas cuando llueve. Lo es, desde luego, para cualquier mortal. El paraguas —hoy en decadencia, como tantas otras cosas— ha sido durante mucho tiempo un chirimbolo simbólico de la civilización occidental, como el bombín o el cuello de pajarita. Su invento se pierde en la noche de los tiempos, pero el paraguas logra su mayor boga en el siglo XIX, llamado el siglo de las luces. Habría, pues, motivos para considerar en cierto modo al paraguas como un hijo de la Enciclopedia. Se inicia, en efecto, su divulgación a partir de la Revolución francesa, cual si entre los Derechos del Hombre se hubiera inscrito éste de llevar paraguas; y empieza a decaer después de la primera guerra mundial de 1914-1918. Durante toda esa centuria larga, el hombre civilizado podía ser descrito como una criatura a quien le salía por arriba un caparazón negro cuando empezaba a llover. El paraguas ha sido también emblema de paz, de prosperidad comercial, de tranquilidad burguesa. El rey Luis Felipe, que representaba todas las virtudes caseras y hortelíes de su tiempo, hizo del paraguas el verdadero cetro de su reinado. El paraguas llegó, finalmente, a una época de excepcional ignominia en manos de Chamberlain. Mas, en todo caso, el paraguas va unido a la idea más vulgar y prosaica del hombre como creación humana en serie. El paraguas es esencialmente nivelador, rebañego e igualitario. El paraguas es la monotonía, la falta de originalidad, el sentido gregario, uniformista y antigenial. Suprime la personalidad y borra el divismo y el estrellato. Es como un anticipo portátil de la fosa común.

Explicado en esos términos lo que es, en esencia, el paraguas, se comprende por qué aparece actualmente en las fotografías el emperador del Japón llevando un paraguas en la mano. Es simplemente un intento para humanizar a ese personaje, tenido hasta ahora por divino. Desde que el Japón perdió la guerra, Hirohito se empeñó en convencer a sus súbditos de que él no era una divinidad como creían, sino un hombre de carne y hueso como todos los demás. Esto resultaba, sin duda, muy difícil de comprender para los japoneses, acostumbrados a mirar a su emperador como un ser mitológico, descendiente de la hermosa Amaterasu y del hercúleo Susanoo, hermanos incestuosos que, con su acoplamiento solar y coreográfico, dieron origen a la dinastía nipona. Cuando se desciende de tan singulares abuelos y se ostenta la representación divina y espiritual del Estado, no debe ser fácil convertirse de la noche a la mañana en un individuo como los demás. Por mucho que Hirohito dictaba rescriptos para advertir que él había dejado de ser una divinidad y que ya no tenía nada de sobrenatural ni de mitológico, los japoneses no se daban por convencidos. La situación debió llegar a ser dramática, porque una de las exigencias de los aliados victoriosos, que ocupan militarmente el Japón, es la democratización de aquel imperio, la supresión de los poderes tradicionales, religiosos y mágicos. Por una parte, el general Douglas MacArthur exigiendo la democratización del imperio, la humanización del emperador, la standarización de la vida nipona con arreglo a un patrón norteamericano; y por otra parte, el pueblo japonés resistiéndose a ver a su emperador como un hombre igual que los demás. Ante tan dramática situación se le debió ocurrir a Hirohito este recurso de salir a la calle con un paraguas para resolver el conflicto y convencer definitivamente a sus súbditos de que ya no era una divinidad.

La prueba habrá sido concluyente. Jamás se ha visto a un dios con un paraguas. En ningún Olimpo, donde los dioses mitológicos suelen disponer de unos extraños aditamentos de columnas, flechas, aureolas, rayos, cuernos de la abundancia, tablas de la ley, ruedas con alas, mazas, espigas, túnicas, espadas flamígeras, etcétera, jamás se ha visto, sin embargo, a un dios con un paraguas. ¿Se imagina uno a Júpiter o a Jehová o a la nipona Diosa del Sol Naciente, con un paraguas en la mano? ¿Puede ir un dios por la calle con un paraguas, como si fuera un empleado de la City? Un hombre con un paraguas es fundamentalmente un hombre vulgar, antidivino e incelestial. El paraguas es la esencia misma de la condición humana.

A Hirohito con paraguas ya le pueden hablar de tú todos los japoneses. Pero, ¡caray!, para llegar a ese resultado tan natural ha sido preciso emplear contra el Japón la bomba atómica. Si no llega a ser así, Hirohito no saca ese dichoso paraguas, que lo aparta de lo divino, taumatúrgico, teologal y mitológico, y lo hace humano, terrestre y municipal como cualquiera de nosotros.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2G/1192